

J. M. Salaverría

## José Ortega y Gasset

**P**OCAS veces habrán penetrado otros tan fácil y dignamente en la región de la fama como este escritor. Fué su aparición en el mundo de las letras españolas como uno de aquellos prodigios de las viejas mitologías. Vagos anuncios, presagios misteriosos señalaban su venida. Era nada más que un adolescente, y ya los iniciados admiraban su hermoso talento. Y se mostró, por fin, con la ingenua y al mismo tiempo incontestable grandeza de un joven héroe, de un semidiós.

A la hora en que él hizo su aparición había en las letras españolas muy notables plumas. Los escritores que algunos años antes, en seguida de la desgraciada guerra contra los Estados Unidos, aparecieron con un sentido nuevo, y sobre todo con un gran ímpetu demoledor, estaban en plena fuerza y juventud; todos, sin embargo, apresuráronse a rendir admiración y hasta servidumbre al brillante astro que aparecía. Todos le abrieron paso. Muchos se subordinaron a él. Y él aceptó, él tomó el puesto de la cabecera con el ademán tranquilo del prócer que sabe, que siente, haber nacido para mandar, para dirigir y ser cúspide.

Dice La Bruyère en sus *Caracteres*, al tratar del «mérito» personal, que «ningún oficio hay en el mundo más penoso que el de labrarse un gran nombre; se acaba la vida de uno cuando apenas se esboza la tarea». Pues esto, pero completamente al contrario, podría decirse de Ortega y Gasset. Antes de es-

bozar su obra era admirado, y al momento de comenzar a vivir tenía ya labrado un gran nombre.

Desde el principio ejerció una atracción verdaderamente inaudita, mucho más extraordinaria si se sabe la propiedad resistente, fiera, feroz, que distingue a toda agrupación compuesta de personas que aspiran unánimes al aplauso público.

Cuando el joven paladín se presentó en el campo de la literatura, todos los luchadores se hicieron un poco atrás. Es verdad que venía armado con las más brillantes y poderosas armas que ninguno poseyó nunca, y que parecía realmente ungido por los propios dioses.

Su palabra tenía la fuerza y el calor que aturden, que avasallan. Esta brillantez verbal iba por añadidura acompañada de un raro empuje autoritario. Seducía y dominaba a la vez. Y esto le hacía comportarse con sus contemporáneos de una manera diferente; nunca ha tratado con iguales, sino de mayor a menor siempre.

Nació entre libros y en un ambiente de literatura. Su padre era director de *El Imparcial* cuando la página de *Los lunes* tenía un prestigio despótico en las letras españolas. Los mejores maestros le prepararon para las ciencias y para la erudición. La filosofía le abrió sus misterios. Su ávida curiosidad no encontró obstáculos, y su apetito de saber agotaba todos los textos posibles.

Austero, libre de las sollicitaciones que la riente vida ofrece a los jóvenes, él se confinaba en el ámbito de las cátedras y de las bibliotecas, y ese placer le bastaba. Así iba armándose de sabiduría el poderoso paladín, fuerte en las ciencias y las artes y en una avasalladora elocuencia. Al presentarse, apenas manchado por la vida, en la escena literaria, todos le llamaron desde el primer día Maestro.

Los otros podían manifestar su destreza en alguna sección del conocimiento humano. Alguien dominaba tal ciencia a la perfección, y otro entendía perfectamente de tal arte; pero él era diestro en cuanto se relaciona con la inteligencia. En la difícil gimnasia filosófica adquirió su mente el vigor para definir,

para encadenar razonamientos, y una insuperable soltura para desenvolverse con felicidad en el bosque intrincado de los conceptos. Pero no se encerraba en el único recinto de la filosofía. No se especializaba, según el sentido de limitación que modernamente y por vía tedesca se asigna a las especializaciones. Era, en una palabra, el sabio de viejo y gran estilo el que aparecía en la intelectualidad española; el sabio según el uso griego, o sea el hombre que abarca todos los nervios y ramales del conocimiento.

Todos quedaban en posición subalterna junto a él, y esto sin que él hiciera ninguna maniobra de arribista, de trepador: naturalmente y como sin proponérselo, al modo del prócer que por derecho de estirpe se erige sencillamente en cabecera. Pocas veces se habrá visto tan a las claras el poder dominador de la inteligencia. Y él no mostraba ningún asombro, ningún titubeo por encontrarse, casi adolescente, cabecera de la intelectualidad española. Era sin duda de la materia con que se hacen los jefes y conductores de multitudes. Había nacido para mandar. Era, sin duda, de raza de caciques.

Desde el principio se le vió marchar acompañado, seguido, por un séquito de admiradores que querían llamarse sus amigos y que escuchaban con respeto su siempre nutrida, sabia y luminosa conversación. Así es como ha triunfado tan fácilmente. Pero el triunfo significa pugna, violencia, dificultad, y él ha tomado posesión de las cosas y las dignidades natural, espontáneamente, asistido además por la ayuda de tantos como se han sentido dichosos nada más que con servirle y secundarle.

Resalta en él ante todo, independientemente del talento y la sabiduría, la virtud nativa de mando, de autoridad y de jefatura a que antes nos referíamos. Y por si no bastase, este talento variado y rico en felices ramificaciones está adornado con la flor que no perderá jamás su vencedora eficacia: la elocuencia. Una elocuencia sabia, nutrida de ideas, rozando cuantas novedades arrastran en sus páginas inquietas los libros y las revistas de Europa. Añadamos todavía uña retórica elegante, ima-

ginera y a veces un tanto ampulosa. Una retórica que, teniendo orígenes tan españoles, no se parece nada a los vulgares desvarios académicos de los escritores pseudoclasicistas, sino que es una magnífica floración verbal que hace que se exalten, tomen vuelo y se engrandezcan las cuestiones y preocupaciones ideológicas circulantes por el mundo.

Después de esto, ninguna sorpresa ha de producirnos el tono que adquieren sus ideas y su estilo. Para definir ese tono, necesitaremos emplear una palabra que los escritores llegados a continuación de la pérdida de las colonias hicieron de uso indispensable: absolutista.

Tiene una manera especial de negación y afirmación: la manera terminante o contundente. Y como el fondo de su naturaleza se halla empapado de un descontento trascendental, queda dicho que esa su manera terminante la emplea pocas veces en la afirmación. Niega, pues, según su carácter: autoritariamente. Algo como el chico mimado y muy aplicado que de tanto ganar los primeros premios en los exámenes no consiente que le repliquen.

El juicio absolutista, emitido además con violencia y brusquedad, hace en la región de la inteligencia el efecto de un disparo. Las verdades en cuya persecución nos ensayábamos levantan el vuelo; tal como los cazadores nerviosos que apenas descubierto el rastro disparan sobre el primer pajarillo y ayudan a que el bando de las aves mayores se ponga fuera de tiro. Lo natural es que las verdades se persigan con cautela, a lo largo de muchos tanteos e insinuaciones y portándose con cierta humildad frente al dato que se resiste o el razonamiento que no se aclara bastante. Pero este sistema precisamente era el que menos satisfacía a aquel grupo de escritores que se distinguen con el título de «los de la generación del 98».

Nacidos a la vida literaria en el momento de la propagación de los libros de Nietzsche, tomaron del filósofo germano el tono pujante, negador, lleno de una acalorada soberbia y sembrado de conclusiones categóricas. Entonces se vió en España un espectáculo que no carecía de grandeza. Se desencadenó una tem-

pesta de artículos y libros, mientras en las alturas oficiales todo permanecía en el mayor orden. Había ocurrido la deshonra de Cuba, y a falta de otras revoluciones, unos cuantos literatos que aspiraban a que se les conociera empezaron a cambiar la colocación o el orden de los valores intelectuales, a demoler prestigios, a cambiar el acento de la expresión. En suma, se generalizó entre los escritores españoles esa manera absolutista de juzgar y esa forma tajante, cruda, sin contemplaciones, a raja tabla, de decir. Las cosas eran muy buenas o muy malas; negras o blancas; geniales o imbéciles. No había compasión para los términos medios, y el matiz no hallaba beligerancia. No se vacilaba tampoco; decíase de una vez y arrogantemente el sí o el no (según el precepto nietzscheano). Así pudo verse aquel proceso vergonzoso, dirigido por Valle Inclán, y en el que todos pusimos nuestras manos, que acusaba a José Echeagaray de idiota.

Aunque nacido unos cuantos años más tarde que los principales factores de la llamada «generación del 98», en realidad Ortega y Gasset pertenece en muchos aspectos a ella. Se diferencia de aquéllos en el volumen de su cultura, en el orden y sistematización de sus estudios universitarios y bibliotecarios; pero en el fondo participa del espíritu y el aire de aquella generación.

Sin remedio, como a pesar suyo, emplea un modo de crítica absolutista, de luz y sombra, de sí y no, terminante y violenta. Modo que llamaríamos manchego o carpelo-velónico. La expresión, sin embargo su lujo verbal, que podríamos llamar cortesano, es también terminante. Esto le lleva, arrastrado por una especie de ímpetu lógico, a definiciones de las que más tarde, al salir de la atmósfera tempestuosa, él mismo se arrepiente. En una de sus primeras *Meditaciones* empezó afirmando que aquello de la oscuridad germánica y la claridad latina era un mito; y seguidamente concluyó que donde decimos claridad latina debemos decir superficialidad.

Ese ímpetu lógico le arrastra a conclusiones negadoras, que son terribles callejones sin salida, abismos de razón danescos

donde toda esperanza concluye. Por ejemplo, en sus ensayos sobre psicología nacional, después de hablar de la teoría, tan cara a Carlyle, del gobierno de los mejores, termina con la siguiente reflexión: «En España no ha existido apenas una aristocracia feudal; en España sólo hay pueblo».

Después, arrebatado por el absolutismo de su razón, se ve empujado fatalmente al triste callejón sin salida. Y dice: Puesto que en el reparto de las invasiones germánicas a España le tocaron en suerte los visigodos, y no los francos; siendo así que los francos eran los germanos buenos, los puros y los nobles, y los visigodos, los malos y decadentes y ordinarios; sabiendo que en España no floreció el gran feudalismo, al cual deben otras naciones la mejor aptitud para la cultura y la grandeza, y siendo esto fundamental, orgánico, y no de mero accidente, resulta que el defecto de España es de constitución, de principio. Y ahí está el impase dantesco: España es algo orgánica y fatalmente inferior.

Ortega y Gasset está lleno de la preocupación nacional. Conoce a España como pocos; ha recorrido paso a paso todas sus regiones. Pero adopta, como pocos también, una actitud severísima, implacable, frente a su patria. Dice los juicios más crudos, las palabras más acusadoras y sin compensaciones, como un padre duro que amonestase a un chico; como un maestro inflexible. Tiene demasiado acusada la propensión o naturaleza pedagógica. Le falta siempre un punto de cordialidad, de amor compensativo, cuando examina y juzga a su país. Está descontento de España. Cree que todo se halla por hacer, y que lo que se intenta hacer no sirve para iniciar una conveniente reconstrucción. Diríamos que no ha pasado de la primera etapa criticadora y demoleadora de la llamada generación del 98, y que no puede pasar de ella por una como ausencia de amor, de ternura patriótica. En Ortega y Gasset, la emoción se detiene y agota en la esfera intelectual.

Esto le hace concebir la idea de la patria un poco según el sentido utilitario del belga o del suizo. España es una cosa

incómoda, que irrita y avergüenza, que resta y no da. No siente tal vez la nacionalidad al modo como únicamente puede sentirse en España: como un deber, intimamente dramático, que vaya envuelto en respeto y en sacrificio.

En lo más avanzado y eminente de un campamento suele haber un oficial investido de la grave misión de vigilar los alrededores y escrutar las lejanías. Tiene catalejos de largo alcance para interrogar el horizonte, y por la noche enfoca su poderoso reflector hacia el fondo de la tiniebla. Ningún ruido se le escapa. Todo indicio de movimiento, todo cuanto se agita en torno con un mínimo indicio de trascendencia es atrapado por la vigilancia siempre alerta del observador. Entretanto, los demás pueden bullir en sus faenas cotidianas. José Ortega y Gasset es ese observador vigilante dentro de la actual cultura de lengua española.

Su inteligencia nunca da la impresión limitada del especialista, sino que recuerda la amplitud de saber que tenían los hombres de Grecia y del Renacimiento, o algunos del siglo XVIII. Los hombres de mejor cultura hay momentos en que titubean, tácita confesión de que han tropezado con el muro que desconocen. Pero Ortega y Gasset puede caminar por todas las sendas sin demostrar que existe para él la limitación.

Su curiosidad enciclopédica ha debido de sentir desde la infancia un enorme apetito de conocer, y la fortuna, además, no puso nunca trabas a esta, intelectualmente, pantagruélica glotonería. Como antes decíamos, bibliotecas, universidades españolas y alemanas, laboratorios, revistas de va y ven, cuanto lleva en su seno algo de idea o de anhelo espiritual, ha sido estrujado por esta fuerte mente.

¡Qué lejos, sin embargo, la sensación del erudito! Le salva de semejante riesgo su modernidad ideológica, y después el estilo. Gracias a su estilo sugerente, al arte del profesor habituado a explicar temas difíciles y a su gran talento ordenador, las ideas que él atisba por ahí puede ofrecérmolas puestas en claro, admirablemente bien trajeadas y en un alto rango de nobleza.

Entre Ortega y Gasset y su lenguaje no existe ninguna contradicción; pocas veces como en este caso ha sido tan verdadera la frase de que el estilo es el hombre. El hombre y el estilo marchan aquí perfectamente parejos. El hombre que nació para la autoridad y para ser cabecera de todas las mesas a las cuales se sienta, posee el modo de expresión más adecuado, el único que le corresponde: un modo imperial.

En este momento cabría decir que no existe en lengua española un escritor que posea tan integralmente el dominio, verdaderamente señorial y rico, del lenguaje como Ortega y Gasset. Otros literatos alardearán de tales o cuales excelencias; generalmente, suelen ser tranquilos o trucos en los que se nota demasiado el amaneramiento, la obediencia a un patrón artificioso. Pero en Ortega y Gasset el idioma español mana con una abundancia soberbia. Y aunque adivinemos el esfuerzo, no es el esfuerzo de quien inventa un estilo extraño a su naturaleza, como quien emplease un disfraz en el momento de ponerse a escribir, sino el esfuerzo de quien busca en su propio patrimonio, en sus arcones y joyeros familiares, las galas más únicas y magníficas.

La invención de los tropos e imágenes con que le gusta saltear sus trabajos es algo en él característico. Le preocupa la elección de los vocablos. No se aviene a decir las cosas con desmayo, con descuidada actitud, en zapatillas, sino que, como un romano de alta alcurnia, se viste la toga para hablar o escribir. Nunca pierde el sentido de la responsabilidad de su rango. Escribe siempre en señor.

(De *Retratos*, Madrid, 1926.)